

OLEGARIO ALBARRACIN R.,
Presbítero

274



Tierra Adentro

BOGOTÁ—1914
Imprenta de La Cruzada



Tierra Adentro



En las últimas sesiones de la Asamblea de Boyacá, el General Rufino Usa presentó un proyecto de Ordenanza por el cual se señala una suma en el Presupuesto del Departamento para la colonización de las inmensas regiones de Tierra Adentro y para evangelizar las tribus salvajes que en ellas moran. El proyecto no alcanzó a pasar, pero el Misionero vio ya un campo donde ejercitar su abnegación y un motivo que lo determina, una vez más, al cambio de las holguras de la vida civilizada por los desiertos en que viven abandonadas las ovejas de Cristo. La Iglesia ha llevado y llevará siempre la vanguardia en las empresas que tienen por objeto proporcionar luz, ciencia y felicidad a los hombres, pero su acción es mucho más eficaz cuando encuentra apoyo en los gobiernos civiles y en los corazones piadosos. Ya la experiencia ha demostrado en Colombia que la ayuda prestada a las Misiones no es infructuosa y que éstas son el mejor medio de hacer penetrar la luz civilizadora hasta los más apartados rincones de nuestro territorio y de abrir sus inmensas selvas y pampas al comercio y a la industria.

El Departamento de Boyacá posee entre sus baldíos, y a muy corta distancia de los centros civilizados, una porción de tierra rica e inculta en la hoya que tiene por intersección hidrográfica el río Cabugón, desde su nacimiento en la Laguna Grande, hasta su desembocadura en el Sarare, después de un curso de 22 leguas. En esa cuenca habitan 3,000 indios, más o menos, que ni conocen la ley evangélica, ni presentan en sus costumbres y modo de vivir rudimentos siquiera de cultura. Y esos indios son colombianos que merecen la atención del Gobierno Nacional, y las comarcas donde moran son fuentes de riquezas incalculables que debieran ser explotadas no sólo en favor de los mismos salvajes, sino, por lo menos, del Departamento.

El señor General Usa, movido por un sentimiento patriótico, presentó su proyecto que quizá pasará en las próximas sesiones de la Asamblea, por ser de evidente importancia, y el auxilio que en tal Ordenanza se disponga, habrá de contribuir de manera eficaz para el establecimiento de la Misión en la tierra tenebrosa, que, si se demora, será por falta de recursos y elementos indispensables.

Los infatigables hijos de San Vicente de Paúl, acertados Directores del Seminario de Tunja, son el instrumento de que Dios se ha valido para iniciar, y tal vez para llevar a término feliz la importante obra de la evangelización de Tierra Adentro. Los Reverendos Padres José María Potier, Rector del Seminario, y José Villanea, venciendo multitud de obstáculos que el tiempo y las circunstancias les oponían, recorrieron en días pasados la hoya del Cabugón, con ánimo de preparar el establecimiento de las Misiones. El autor de estas líneas fue bondadosamente designado por ellos para compañero de la correría apostólica, y aunque algunas dificultades se le presentaron, no rehusó tan amable invitación, ni el honor de ser uno de los primeros sacerdotes que pisaban aquella tierra que muy pronto será conquistada para Dios y de una manera positiva para la Patria.

El día 6 de julio nos reunimos los sacerdotes expedicionarios en la población de Guicán, donde el doctor José Tobías Olivos y el doctor Domingo Murcia hacían los preparativos necesarios con decidido entusiasmo. El General Julián Arango puso al servicio de la excursión sus valiosas influencias y contrató, por cuenta de los Padres, los peones que debían conducir los víveres y demás enseres indispensables para un viaje que debía de durar algunos días en lugares casi inaccesibles por falta de caminos y habitados sólo por fieras y salvajes.

El día 7 visitámos el *Peñón de la Gloria* o de los *Muertos*, teatro de una leyenda indígena y de tristes recuerdos. No vimos al pie del peñasco las osamentas humanas que algún escritor indica, pero sí pudimos admirar la majestad con que se destaca sobre los montes vecinos aquella ciclópea

estribación de la Sierra. En la colina que sirve de fundamento al Peñón marcó el barómetro una altura sobre el nivel del mar de 3,400 metros, y de allí a la parte más alta mide cerca de 150 metros. De la base de la Peña al río de la Sierra hay una distancia considerable, y si allí se sacrificaron los indios, asustados por la invasión española, sus huesos no los arrastrará la corriente sino que estarán sepultados debajo de las piedras desprendidas de la montaña. De regreso al pueblo penetrámos en una cueva que existe debajo de una piedra enorme, y allí sí vimos muchos restos humanos, entre los cuales recogimos un cráneo que, por su forma y protuberancias, daba señal de pertenecer a la raza que habitó aquellas comarcas antes de la conquista.

Terminados los aprestos de viaje, hechos en su mayor parte con fondos donados por una alta personalidad eclesiástica, nos pusimos en camino el día 8 a las nueve de la mañana, acompañados del apreciable caballero D. Benjamín Mora, quien hizo con nosotros toda la correría; de D. Crisanto Crisancho, dueño de la fundación de Sinsiga y de 10 peones. En Güicán dejámos al señor Vicario Foráneo, al doctor Olivos, al doctor Simón Torres y al General Arango. El señor Cura fue a acompañarnos hasta bien arriba del pueblo, y ya solos los expedicionarios empezámos a subir las faldas de la Sierra que se destacaba allá lejos sobre el fondo azul del firmamento. Las gentecitas que habitan en las orillas del camino salían a regar flores y a desearnos, con muestras de cariño, feliz viaje y pronto regreso. «Nada cómodo debe ser el paseo, cuando esta gente nos encomienda a Dios con todo fervor,» decía el Padre Villanea. Cerca de las diez cruzámos la hoya de la laguna del Real, dejando a la izquierda la cordillera de Ortega; abajo, a la derecha, el Peñón de los Muertos, y teniendo al frente, un poco al sudeste, el Pulpito del Diablo y el pico de Cusirí. Aquellos terrenos pertenecen al General Arango y allí se crían numerosos rebaños de cabras y de ovejas. Los pastos son abundantes y podrían alimentar un número mucho mayor de animales del que actualmente sostienen.

A medida que subíamos, la vegetación era más raquítica hasta desaparecer casi completamente en la parte donde arrancan las rocas peladas de la cordillera, muchas veces cubiertas de nieve. A las once y media llegámos a la *Puerta de corral chiquito*, nombre que se ha dado al alto desde donde se divisa la hoya de Cardenillo, limitada al norte por rocas inmensas; al sur, por la cordillera de la Puerta y con una grieta al noroeste que da salida a las aguas. Allí tuvimos a la vista un espectáculo magnífico: las peñas negras del frente estaban cubiertas, a trechos, de nieve como incrustaciones de plata bruñida y algunas manchas resaltaban sobre el gris oscuro de la tierra o sobre el verde de las faldas. A pocos pasos divisámos el altísimo pico de Carde-

nillo con su gorro de hielo. Llenos de entusiasmo descendimos a la hoya y, después de tomar un refresco, nos apresuramos a subir para tocar con nuestras propias manos esos copos blanquíssimos que aparecían en los límites de las nieves perpetuas. A la una llegamos al Boquerón de Cardenillo, que está a 4,300 metros sobre el nivel del mar. Hasta allí el camino es bueno y con unas ligeras modificaciones pudiera llamarse espléndido. Después de unos minutos que empleamos en contemplar los cerros nevados que teníamos a la derecha, comenzamos a descender por la hoya de la Laguna Grande, principio de la extensa cuenca del Cabugón. A uno y otro lado se levantan colosales rocas y el camino cruza primero la rambla hacia el norte y luego tuerce al nordeste hasta la laguna, para tomar otra vez la dirección norte. Cerca de la laguna hay en las peñas unas grandes cuevas donde habitan los pastores de numerosos rebaños de ovejas, a pocas cuadras del Nevado. Frente a la peña de las cuevas está la Laguna Grande enclavada en las rocas y alimentada por el constante deshielo de la Sierra. Probablemente la extremada frialdad de sus aguas no permite que en ellas haya ser viviente; sus orillas son áridas y su fondo negro; parece un Mar Muerto en miniatura. En la *Laguna Grande* nace el Cabugón que, con el nombre de quebrada del Calichal, riega primero la hoya del mismo nombre por cuyas faldas pasa el camino un poco difícil ya, pues nunca ha tenido otra composición que la del tránsito. Recibe luego el Cabugón (1) el tributo de la quebrada de los Frailes y más abajo aumenta el caudal de sus aguas con la quebrada del Contento, que riega una hoya donde se crían cabras, ovejas y ganado vacuno en gran cantidad. Un poco antes recibe también el Cabugón la quebrada del Oso. A las tres de la tarde, más o menos, llegamos a la Puerta de Ratón, principio del vallecito

(1) Los habitantes y conocedores de la región se empeñan en llamar río Bachira al Cabugón, sobre todo desde la confluencia de la *Agua Blanca* hasta los *Llanitos*, pero en todas las cartas geográficas se conoce con el nombre de Cabugón. Lo llamaremos indistintamente Bachira o Cabugón. Los mapas de Tierra Adentro tienen, sin embargo, algunos errores: uno, por ejemplo, consiste en poner el Covaria antes del Róyata, siendo así que el Covaria desemboca unas 10 leguas abajo del Róyata y no en la banda derecha del Cabugón sino en la izquierda. El Covaria riega el territorio que está entre el Maura y el Cabugón. Al río Sinsiga se le hace descender de la vertiente oriental de la cordillera y desembocar en la margen izquierda del Cabugón, pero lo cierto es que dicho río nace en Cirará y corre hacia el occidente hasta la confluencia con el Cabugón. Los nacimientos del Sinsiga y del Róyata están a muy corta distancia en puntos opuestos de la Sierra: el primero toma una dirección noroeste y el segundo corre resueltamente al occidente. El poco conocimiento que se tiene hasta ahora de Tierra Adentro dificulta la geografía exacta de la región.

llamado también de Ratón. Es éste una grieta entre rocas altísimas, sobre todo la de occidente, de la cual desciende una hermosa cascada de una altura vertical de 60 metros. El valle está cubierto de buenos pastos y de matorrales tupidos, pues la vegetación en aquellos parajes ocupa el lugar que la naturaleza le señaló sin que haya intervenido para nada el trabajo del hombre. La hoya de Ratón tiene una altura de 3,600 metros. Más adelante encontramos otra cascada que bautizamos del Beato Gabriel, en memoria del Misionero Lazarista que en el año de 1840 sufrió el martirio en China, por confesar la fe de Cristo. Aquella caída es también hermosa, y el agua, efecto del deshielo del pico del Beato, se desprende de una altura de 60 metros. A las cuatro de la tarde llegamos a Rudibán, propiedad del señor Honorato Pérez y término de la primera jornada.

Al día siguiente, 9 de julio, nos levantamos temprano y pudimos admirar las cortinas de nieve que el temporal de la noche anterior había depositado en los altos picos que teníamos al frente hacia el sudoeste. Entre ellos se destacaba imponente un peñasco que tiene la apariencia de la portada de un templo egipcio, que aquella mañana apareció bellissimo con sus gasas de hielo extendidas sobre los remates y cornisas. Nos acordamos del Ilustrísimo señor Maldonado y todos convinimos en bautizar aquel monumento natural con el nombre de *Pabellón de San Eduardo*. A las nueve de la mañana continuamos la marcha por el camino que de Rudibán tuerce al oriente y sube la peña de la Carraca. La senda allí es muy difícil y serpentea en una falda casi vertical; tiene más de 20 cuadras y se corona por entre riscos en los cuales apenas pueden prender las bestias. En las paradas que necesariamente debíamos hacer en el curso de la ascensión, pudimos contemplar otra vez el Pabellón de San Eduardo y más al norte las hoyas de Mascarias y de Agua Blanca, por donde bajan las quebradas de los respectivos nombres a desembocar en el Cabugón. La de Agua Blanca, que es la más importante y nace en la laguna Celeste, denominación que se da también a aquella parte de la Sierra. Desde la confluencia de Agua Blanca con el Cabugón corre este río por entre rocas enormes que hasta la confluencia del Sinsiga lo estrechan sin permitir una playa en sus orillas.

A las doce del día subimos a la mesa del Llano Grande y comenzamos a descender hacia la hoya de La Virgen o de Cultiva por una región paramosa que está a 3,800 metros de altura. No ofrece esta mesa ninguna cosa notable fuera de los vestigios de un camino que se divisa en la parte más septentrional y que se dice haber sido construido por los Padres Jesuitas en la época en que ellos misionaban a Casanare. Esa vía parece la más a propósito para construir el camino que habrá de poner en comunicación a Guicán con Tierra Adentro, si no se tienen en cuenta las facilidades que

presentan las faldas occidentales. En ese caso la ruta seguiría al norte de Rudibán, por entre los picos del Cabugón y Llano Grande, para coronar éste en su parte más baja y a muy corta distancia de la hoya de La Virgen.

A la una de la tarde estuvimos en frente de las dos hermosas cascadas de *Cultiva*, que nosotros llamamos de *San José* y *La Virgen*. Las quebradas se unen algunas cuabras abajo hasta desembocar en el Cabugón. Esta parte del camino es más fragosa que la que recorrimos hasta Sinsiga. Tuvimos que hacerla a pie casi en su totalidad, lo mismo que la subida al alto de *Róyata*, a donde llegamos después de las dos. Desde allí se puede ver la cuenca del *Róyata*, que nosotros bautizamos de San Felipe, en honor del señor Secretario de la Delegación Apostólica. La bajada a la hoya de San Felipe es muy penosa y larga: tiene más de media legua y se desciende por un zigzag que conduce al fondo del vallecito. Desde la mitad de la falda se divisan las casas y una hermosa y profunda laguna que rodeada de montículos al parecer artificiales, como los *tumulus* que mencionan algunos exploradores de América. El área de San Felipe mide cerca de 1,000 hectáreas, comprendiendo las hoyas y las ramblas de la cordillera de Cirará, cuyas crestas nevadas se divisan al sudeste, donde nace el San Felipe, río que, cruzando el valle de sudeste a noroeste, tuerce luego al norte en la parte en que las rocas estrechan la hondonada para recorrer en seguida una vega muy fértil cubierta de bosque. A las casas de San Felipe llegamos a las tres y ocupamos el resto del día en reconocer la laguna de aguas purísimas y de un azul intenso: tiene casi una cuadra de larga y 50 metros de ancha, con una profundidad considerable. Examinamos también la calidad del terreno, compuesto de una arenisca blanca sin muestras de cal y por consiguiente estéril: la vegetación es pobre en el fondo y un poco más robusta en las faldas que rodean el valle, pero en la vega que se prolonga hacia el norte hay tierras de primera calidad. El Valle de San Felipe está a una altura de 2,700 metros y su clima medio es de 17 grados.

Aquella noche, después de rezar el rosario, cosa que hacíamos siempre al terminar la jornada, nos dispusimos a descansar de las fatigas del viaje con más comodidad que en Rudibán.

El día 10 se ordenó la marcha a las nueve y media. El camino sigue a la izquierda del San Felipe hasta unas 20 cuabras al norte y luego se pasa por un puente de madera y tierra para seguir la orilla derecha hasta la quebrada del *Tendedero* o *Mora*, como la seguiremos llamando en memoria de nuestro compañero don Benjamín. La senda que conduce allí a la meseta *Mora* es muy peligrosa, aunque de corta extensión y tuvimos que subirla a pie, excepto el Padre Villanea, para quien nada valían los peligros, confiado como

iba en la bondad y fuerzas de su robusta cabalgadura. El camino hasta el alto de *Cámaro* o *Cristancho* no ofrece nada notable fuera de la gran cantidad de azafrán que esmalta las faldas. El alto de *Cristancho* tiene una elevación de 2,900 metros y cierra por el sudoeste la hoya de Sinsiga. Desde allí se divisa, al lado izquierdo del Cabugón, la grande hoya de *Lagunaseca* y las faldas por donde algunos proyectan la apertura de un camino más fácil que el seguido por nosotros, para comunicar a Tierra Adentro con Güicán. Parece muy acertada la idea, tanto por la firmeza del terreno y ausencia de grandes subidas y bajadas, como por la distancia que se acorta en algo más de un tercio.

A las doce y media avistámos la hoya de Sinsiga, extensa cuenca que parece la mandíbula de un monstruo gigantesco cuyos incisivos son los picos nevados de Cirará, al sudeste y que se prolonga hasta las últimas estribaciones de la cadena de *Cámaro* al oeste y hasta el peñón de *Torregrosa* al nordeste. La aparición repentina de aquella hermosa hondonada nos llenó de entusiasmo, porque cambió el cuadro completamente y pudimos ver algo más pintoresco que rocas peladas y ramblas lisas cubiertas de hielo o de musgo raquíto. Por el fondo de la hoya corre el Sinsiga que nace de los deshielos de Cirará y riega la cuenca desde su comienzo hasta su confluencia con el Cabugón: el curso del río Sinsiga es relativamente corto, pero el tributo de aguas que rinde es considerable.

La hoya de Sinsiga está dividida en tres regiones distintas: la de la izquierda del Sinsiga, que se llama *Playón de Sinsiga*, al sur de la cascada del Rosario; la *Verbabuena*, en la parte más meridional, y las faldas de *Sinsiga* donde se hallan las casas de la fundación. El terreno no es muy fértil pero produciría buenos pastos, con algún cultivo, lo mismo que maíz, frijoles y todos los productos de tierra fría. *Sinsiga* está a 2,500 metros de altura y su clima medio es de 17 grados.

La adjudicación de aquellas extensas regiones (Róyata y Sinsiga) la hizo el Gobierno al señor Francisco Quintero por allá el año de 1873, mediante un contrato por el cual se comprometía Quintero a construir un camino que uniera la Provincia de Gutiérrez con Casanare, por la hoya de Rudibán y la cordillera de Cirará. El señor Quintero tomó posesión de los baldíos, cuyo dominio transfirió luego a un Doctor Velandia (sacerdote) y éste a don José Morales; pero del camino sólo se sabe que sus constructores sufrieron penalidades innumerables, sobre todo por el hambre, pero que no se terminó ni sirvió más que para el tránsito de tres sacerdotes, compañeros del Doctor Velandia, en su huida a Los Llanos, durante una persecución religiosa.

Cuando empezámos a descender, divisámos las primeras familias de tunebos que se encaminaban a las casas de la

fundación, donde nos esperaban ya otros grupos. Ahí fue el entusiasmo del Padre Villanea, quien ya no vio obstáculos que lo detuvieran en su marcha acelerada al encuentro de aquella muestra del gran filón de almas que veníamos a buscar. Desmontarse el Padre y empezar a abrazar tunebos todo fue uno. Los que lo seguíamos llegámos a la una, y después de algunas caricias a los indiecitos, nos pusimos a observar el empeño con que el Padre Villanea quería saber de una vez todo lo referente a la vida tuneba. Un incidente curioso vino a completar el contento de los expedicionarios: el Padre Villanea se sentó en una piedra para continuar con más comodidad su nutrido interrogatorio, pero la piedra estaba falsa y de repente se zafó de su sitio, lo que ocasionó la caída del buen Padre sobre los indios acurrucados al frente; éstos se creyeron agredidos y tuvieron buen susto, mas luego que comprendieron la causa de la caída, nos ayudaron a celebrar con risotadas el percance del Misionero, quien no se dio por notificado y siguió mostrándonos el crucifijo y señalándonos el cielo. Con el fuego que arde en el pecho de este sacerdote, decía para mis adentros, ayudado eficazmente por otros compañeros y apoyado por almas generosas, veríamos muy pronto en estos desiertos una grey bien apacentada y una gran comarca abierta a la civilización. El señor Potier celebró también el fracaso del Padre Villanea y el susto de los indios y se ocupó luego en repartir regalos, lo que disolvió el auditorio del otro Misionero, porque los tunebos son como los demás hombres: más amigos de la realidad tangible que de buenas razones. Entre los indios presentes había uno llamado Medardo, el cual quería todo para sí, hasta agotar primero la paciencia del Padre Potier que sus obsequios. Entre otras cosas recibió Medardo un cigarro que inmediatamente encendió y se puso a arrojar bocanadas de humo al viento; como se le preguntara para qué hacía aquello, respondió que para quemar *ratza*, es decir, para que no lloviera; pero de nada le valieron las supersticiones, porque a los pocos momentos cayó un fuerte chubasco.

Es lastimoso el estado de miseria y abandono en que viven aquellos indios, debido en parte a su habitual pereza y en parte a la falta de cuidado de los colonos blancos quienes, sin preocuparse más que de su propio interés, tratan a los tunebos como cosas y no como seres racionales que reclaman piedad y consideración. Cultivan solamente el maíz y algunas raíces; y las sementeras, en general, son tan reducidas, que apenas les producirán para vivir algunos días, pues las familias son numerosas; el resto del año se sostienen con yerbas y raíces que el terreno les proporciona espontáneamente. Le preguntámos a un indio por qué no sembraban más y nos contestó: *nosotros nada sacar con sembrar, porque blancos echar animales y comerse todo*. Para los

tuebos no hay justicia ni posible restitución, y generalmente sus lamentos se pierden sin conseguir otra cosa que ultrajes y opresión. Debemos consignar aquí el gran cariño que los indios le tienen al General Julián Arango por la protección que, en más de una vez, les ha prestado y que ellos reconocen y agradecen. Para ellos es un padre y a su modo lo bendicen y Dios también lo bendecirá por la generosidad y grandeza de alma que ha tenido para con esas infelices criaturas.

El 11 de julio hicimos alto en Sínsiga y nos ocupámos en pasear algunos puntos de la hoya. Entre otras cosas dignas de mención encontramos los fundamentos de un oratorio que los indios pretendieron levantar en época remota. El edificio debería tener unos 20 metros de largo por 5 de ancho, a juzgar por la colocación de algunas piedras ordenadas todavía en el lugar de la fábrica. Se comprende que entre los indios de Tierra Adentro las artes han sido siempre muy rudimentarias, porque lo que se ve del proyectado oratorio es apenas muestra de una edificación rústica, sin señales de gusto ni de ciencia.

En la mañana de ese mismo día el señor Potier, jefe de la expedición, dispuso que se matara una res ofrecida generosamente por el señor Cristancho, a fin de obsequiar a los indios con una comilona. Concurrieron más de 20 y estuvieron muy contentos comiendo papas y carne, que prueban rara vez o nunca, a no ser de animales salvajes que matan con sus flechas o cogen en trampas preparadas con grande habilidad. El día 11 fue el día de Medardo, pues comía más que todos y pedía por todos, pero no para guardar él sino para entregárselo a la mujer que tenía la obligación de cargar el hijo pequeño y el fruto de las exigencias de su marido. Nos llamó la atención la conducta que observan cuando comen en común: nunca toma uno más de dos bocados sino que le pasa luego el potaje al compañero. Entre las familias concurrentes había la de un tal Domingo, modelo de unión y cariño en los esposos. Era notable la amabilidad con que el indio atendía a su compañera y las muestras de afecto con que ésta correspondía al indio sus cuidados. Fueron los primeros en despedirse, y alguno de los expedicionarios que quiso detener a Domingo, se vio obligado a dejarlo partir cuando oyó que decía: *quedar y mujer irse solita?*

El día 12, domingo, se celebró misa campal. El señor Potier bendijo una gran cruz que fue colocada en el lugar destinado para cementerio y que también bendijo por instancias del señor Cristancho. A la expedición se habían agregado los señores Camilo Suárez, Fermín Ruiz y Ramón Buitrago, de modo que se componía de 24 personas.

A las diez se dio orden de marcha y seguimos a caballo hasta la orilla del Sínsiga. Allí nos despedimos del señor Cristancho, dejámos las bestias, nos pusimos alpargatas, pa-

añamos el río por unos palos y seguimos a pie la margen derecha hasta encontrar el Cabugón. Este río, ya muy crecido y correntoso, se pasa por una *cabuya* compuesta de tres hilos de alambre de telégrafo. El modo de atravesarlo es curioso: suspendido a la cuerda hay un *gancho* de hierro en forma de una U que lleva atada otra cuerda con tres lazadas, de las cuales, una le pasan al viajero por debajo del brazo izquierdo y por encima del derecho, y en las otras dos le meten las piernas, de modo que queda *enchivado* y en situación poco ventajosa para nadar en caso de una caída al río. Con otra cuerda tiran el gancho y empieza uno a pasar suspendido sobre la corriente; con otra vuelven el aparato conductor al punto de partida y así hasta que todos sufren su *enchivada*. Cuando apenas pretendíamos el ensayo de la célebre *cabuya*, vino a entusiasmarlos la noticia de que un oso rondaba en las cercanías y ya no vimos peligro ni dificultad en la *cabuyada* sino que nos atropellábamos por *enchivarnos* y seguir a la cacería del deseado mamífero. Efectivamente, a pocas cuadras vimos en los peñascos del frente de Bachira un magnífico representante de los ursídeos: era negro, de talla más que regular y con una mancha blanca en la frente. Quisimos perseguirlo pero el río estaba ya entre él y nosotros, y así, apenas nos vio tranquilamente tomó la fuga hacia las alturas de la sierra. Mucho tiempo y casi todo el día estuvimos aguardando su reaparición, pero no volvió a presentarse el hermoso animal. Pocos minutos después estuvimos en la bella meseta de Bachira y en las casas de la fundación, donde nos recibió el señor Antonio Correa, hijo del propietario D. Secundino Correa. Con el beneplácito de los moradores y por voto unánime de los expedicionarios, bautizamos aquel lugar con el nombre de *Bretaña*, por ser éste el de la patria del señor Potier y el paraje de los más pintorescos de la región.

La cuenca del río Bretaña es grande y se prolonga de occidente a oriente en una extensión de cerca de 2 leguas. En las cabeceras del río el terreno está cubierto de bosque, en unas partes, y en otras, son sabanas de regulares pastos. Unas cuadras arriba de la desembocadura del Bretaña la hoya se ensancha considerablemente y deja lugar a dos hermosas mesetas: extensa la del sur y un poco más reducida la del norte. Por en medio de ellas pasa el río a una profundidad de 10 metros y cruza un vallecito de 2 cuadras de ancho, que al pie de las mesetas se prolonga hacia el nordeste algo más de una legua, hasta la orilla izquierda del Cabugón. Riegan este valle el río Bretaña y las quebradas de *La Orti*, *Legia* y *Selvablanca*, que descienden de las montañas occidentales. La altura de Bretaña es de 2,040 metros y su clima medio de 20 grados. Dicen que hubo allí plantaciones de caña de azúcar, pero no vimos vestigios de trapeches ni de elementos para beneficiarla.

Frente a las mesetas de Bretaña se levantan dos cerros imponentes, como vigías de aquellas soledades: el uno lo llamamos de *Torregrosa*, en honor del Excelentísimo Delegado Apostólico, el otro del *Oso*, por ser allí donde divisamos el cuadrúpedo que tanto ruido metió en la expedición.

Ni en la hoya de Bretaña ni en el valle de *Selvablanca* se encuentran señales de viviendas indias; probablemente no se les dejó sitio en estas tierras desde la invasión de los blancos.

En las casas de la fundación de Bretaña encontramos dos tunebos que llegaban de *Soraquesia*: uno de ellos, Florentino, decidó y alegre, se comprometió a acompañarnos, siempre con algún temor de que los otros indios le tomaran a mal la conducción de blancos a su territorio. Este fue el único que se decidió, porque los de Sínsiga no quisieron, miedosos de la cólera de sus paisanos, quienes ven con horror supersticioso el establecimiento de gentes extrañas en lugares que ellos conservan y creen de su exclusiva propiedad. Tal vez no les falta razón!

El día 13 salimos de Bretaña, a las cinco y media de la mañana, siguiendo el valle de *Selvablanca*, en dirección nordeste. La marcha fue fácil en la primera legua de la jornada porque el terreno es plano hasta el comienzo de la subida del *Atentado*, pero de allí en adelante la sendita es estrecha, pedregosa y la cuesta empinada. Un zigzag lleva desde el pie de la montaña hasta la cima del *Atentado* en una extensión de más de 20 cuadras, y luego por un camino casi igual, de 35 cuadras, se desciende hasta la explanada de *La Escalera*, frente a *Los Llanitos* y a la quebrada del *Obrage*. La mano del hombre no se nota en la construcción de estas sendas, que sólo son obra del *pie de hombres* y *animales*, urgidos aquéllos más por la necesidad que por la ambición, pues a pesar de ser esas soledades extensas sabanas propias para la cría de ganados, sin embargo es poco el cuidado que ponen los actuales dueños en su beneficio, y permanecen incultas y así durarán hasta que una dirección inteligente haga de tales comarcas lo que deben ser. Del principio de la cuesta del *Atentado* al lugar donde comienza el llano de *La Escalera*, sólo hay 10 cuadras por la orilla del río y el tránsito por allí sería fácil con sólo romper el pico saliente de la cresta del *Atentado* que cae al *Cabugón*; el camino se acortaría en 45 cuadras y se evitarían las subidas y bajadas tan penosas.

A las ocho y media llegamos al llano de *Escalera* que está a una altura de 1,900 metros; de este punto seguimos por un camino todavía más trabajoso, porque teníamos necesidad de buscar paso por entre el pedregal que se prolonga hasta el peñón del *Infierno*. En ese trayecto se encuentra la famosa *Escalera*, después de pasar la quebrada del mismo nombre, que desciende de occidente por entre enormes rocas

y precipicios hasta su confluencia con el Cabugón. La bajada a la Escalera se hace por una senda tan pendiente, que teníamos necesidad de agarrarnos de pajitas o de *cardones*, sufriendo no pocas heridas en las manos, causadas por las espinas de esta planta. Allá, al otro lado, nos aguardaba un peñasco que debíamos subir por unos palos colocados sobre estacas clavadas en la roca. La escalera tiene próximamente unos 40 metros, y la roca, cortada a pico, cae sobre la quebrada: algunas grietas sirven para apoyar los pies y en las partes donde esto no es posible, los palos prestan el servicio, pero con tanto riesgo que, al perder un momento el equilibrio, vendría uno a dar, con los huesos rotos y sin vida, a la quebrada que correntosa se desliza al pie. A eso de las doce salimos de aquella sima y comenzamos a saltar de piedra en piedra para llegar al peñón del *Infierno*.

Con el esfuerzo que hicimos para salvar precipicios, grietas y malezas, en un trayecto de sólo 6 cuabras, la sed empezó a dejar sentir sus horrores en los que no estábamos acostumbrados a esa clase de marchas. De la peña del Infierno se desprendía un chorrito que nosotros mirábamos con ansiedad, pero que la inmensa altura no dejaba llegar sino en forma de vapor. El Padre Villanea corría adelante como un gamo y nos dejó allí señal de su paso con una oportuna inscripción. Los de atrás nos aprovechamos del agua que contenían los *guiches* y ya extenuados de fatiga emprendimos la terrible subida de *Los Infieles*, cayendo aquí y levantando allá, hasta trepar la cuesta desde donde se domina, al oriente, las explanadas y la cuchilla de *Ritambria*, límite de baldíos por aquella parte. A la una de la tarde penetráramos en la montaña y seguimos la trocha de los *tunebos*, caminando con gran dificultad a causa de las raíces que obstruían el paso. Al fin, después de dos horas, alcanzamos a percibir el ruido del agua que corría ya muy cerca; apresuráramos el paso y pocos momentos después llegamos a *Los Chorritos*, donde el Padre Villanea nos había hecho preparar chocolate. Qué sabrosa nos pareció el agua de aquellos *Chorritos* y qué oportuno el chocolate! Descansámos algunos momentos y continuamos luego la marcha, salvando raíces enormes, hasta llegar a la orilla derecha de la quebrada de *Ciyuba* o *La Providencia*, a las cuatro de la tarde: en la banda izquierda está la *Cueva Amiga*, donde resolvimos pasar la noche. La *Cueva Amiga* es una piedra enorme, completamente plana por debajo, sostenida de un lado por la roca y del otro por un cono de piedra que parece colocado allí de propósito. El fondo de la cueva es espacioso pero su techo muy bajo, de modo que para entrar teníamos necesidad de agacharnos mucho a fin de no rompernos la cabeza contra el pétreo cielo. El agua destilaba incesantemente del techo, y aunque nos molestaba, no había más remedio que tolerar la incomodidad de una que otra gota y

hacer por dormir. La quebrada hacía un ruido ensordecedor hasta meter el miedo de Sancho en la aventura de los batanes; sólo el señor Potier reposaba con perfecta tranquilidad como si estuviera en un mullido lecho y el estruendo del agua fuera un arrullo delicioso.

El día 14, a las ocho de la mañana, nos pusimos en camino siguiendo siempre al nordeste, y después de pasar la hermosa cascada que está a 3 cuadras de *La Providencia*, comenzamos a trepar por desfiladeros horribles, agarrándonos de raíces y ramas y sacando agilidad del temor del peligro, cada vez más creciente. A las nueve pudimos divisar una hondonada donde los tunebos tienen sus primeras plantaciones de maíz. El terreno empieza a ser más fértil y la selva es ya rica en maderas finas; se encuentran árboles de caucho y hermosas orquídeas. Algunas horas después llegamos a *Cincho Cabra*, donde principian los baldíos de Tierra Adentro y también la región de inmensas riquezas, cerradas hasta hoy a la industria, pero que, con el favor de Dios y el apoyo de nuestro cristiano Gobierno, serán muy pronto el refugio del pueblo pobre de Boyacá y el asiento de misiones florecientes, protectoras del infeliz tunebo. En *Cincho Cabra* hicimos alto unos minutos para descansar y prevenirnos contra la tempestad que amenazaba. También practicamos algunas observaciones sobre la naturaleza del terreno, muy feraz en aquellas hoyas, como podía comprenderse por la exuberancia de la vegetación, en toda su pompa y majestad salvaje. A las diez continuamos la marcha en seguimiento del Padre Villanea que se había adelantado como el día anterior, gracias a su admirable fortaleza para soportar las fatigas. Al señor Mora, que llevaba la vanguardia del último grupo, le sucedió, en aquel día, un percance curioso: casi a una legua de *Cincho Cabra* hay una parte descubierta donde la quebrada del *Chorrerón* se desborda en tiempo de lluvias y produce derrumbes en el terreno, destruyendo los árboles; allí estaban tres indios jóvenes armados de flechas y cuchillos: D. Benjamín llegó a este punto solo y se encontró de improviso con los tunebos que, al verlo, se alarmaron y empezaron a cuchichear en su lenguaje; el señor Mora llevó la mano al revólver, por temor a una agresión, en el momento en que llegábamos nosotros, con lo cual le pasó el susto. Inmediatamente trabamos conversación con dos de ellos que hablaban castellano y los persuadimos de que debían desistir del viaje a visitar sus sementeras, vistas por nosotros en buen estado y acompañarnos a *Bócota*, ya a muy corta distancia. Poco tuvimos que caminar por malezas, antes de llegar a la primera altiplanicie de *Bócota*, donde encontramos una senda fácil. A las doce y media avistamos la hoya principal y unos minutos después estábamos frente a la casita del indio de mayor influencia: allí se encontraba el tunebo Joaquín hilando fique para fabricar mochilas y chin-

chorros. No hubo para nosotros lugar en su casa y tuvimos que plantar la tolda unos pasos arriba, cerca a otro rancho que nos cedieron. Podíamos ya cantar victoria y celebrar el triunfo del Misionero que toma posesión del territorio donde, con el riego de sus sudores, puede hacer germinar para Dios un jardín de almas escogidas. Tánta miseria en aquellos infelices indios nos llenaba el alma de tristeza, y más aún la consideración de que esas inteligencias estuvieran oscurecidas, quién sabe cuánto tiempo, antes de que las iluminara la única luz que hace feliz al hombre: la luz de la verdad. Y lo peor de todo es que ellos alcanzan a comprender su estado y como que sospechan el abandono en que los dejan sus semejantes blancos, teniendo derecho a que se les haga disfrutar de las comodidades que proporcionan los bienes traídos a la América por la civilización. Sus semblantes son generalmente melancólicos y se nota en ellos la vergüenza del pudor, pues viven casi desnudos, cubiertos sólo con una ruana larga que consiguen a fuerza de sacrificios; por esto, tal vez, más que por pereza, les gusta estar sentados, tapándose casi completamente con su misero vestido. Las indias usan la misma ruana, envuelta una parte en la cintura, donde la sujetan con una *cabuya*, y de lo restante, una esquina pasan por debajo del brazo izquierdo y la otra por encima del hombro derecho, sujetándolas ambas por delante con una larga aguja de hueso. Los niños pequeños los cargan a la espalda, cubiertos solo con la misma ruana que sirve de vestido a la madre y suspendidos por una cuerda que ésta sostiene con la cabeza.

Apenas llegámos nos rodearon unos 6 tunebos, entre los cuales había un tal Justiniano, de quien obtuvimos importantes noticias sobre religión y costumbres de los indios. El Padre Villanea se encargó de reportearlo con el mismo empeño que en Sinsiga. Supimos por él que estaban en tiempo de ayuno los de *Bócota* y que por eso no podían recibirnos nada, pues su *cura* lo prohibía, ni comer otra cosa que hojas por la mañana y por la noche. Al ayuno precede la misa, singular ceremonia que consiste en un canto monótono y sin interrupción, durante tres noches; el *cura* dirige la algazara, más bien que el canto, y prescribe el ayuno y las diversas prácticas que deben acompañarlo. El *cura* de los tunebos es un remedo de nuestros curas, introducido probablemente por el indio que pretendió educar el Ilustrísimo señor Arbeláez y que volvió a sus selvas con el nombre del Arzobispo y alguna instrucción, merced a la cual pudo adquirir el ascendiente que tiene entre sus paisanos. El nombra los *curas de Tierra Adentro* y preside la purificación de las cosas que proceden de blancos y de los *cuescos* que comen al terminar el ayuno. Los tunebos tienen por cierto que la abstención de alimentos durante algunos días, es conveniente para ahuyentar los malos espíritus y para librarse de la mordedura de las

serpientes cuando van a recoger cera, caraña y otoba en las montañas de *Cauca* y *Tablón*. Durante el tiempo de ayuno buscan siempre los sitios donde no pisa el blanco, y si esto no es posible, colocan hojas para pisar en ellas o se purifican en seguida con yerbas. Al que suscribe se le ocurrió acariciar a un indiecito pequeño, poniéndole una mano en la cabeza; inmediatamente salió y cogiendo hojas se frotó con ellas, pero tan afanado que parecía haber sentido efectivamente algún influjo maléfico. Tampoco consienten que se haga uso en esos días del fuego que ellos tienen, y si el blanco se acerca, lo apagan y vuelven a encenderlo frotando un palo con otro.

En la casa de Joaquín, a pesar de su intolerable fanatismo, permitieron el alojamiento de los peones, pero sin pasar de un círculo que ellos se reservaron, lo mismo que la puerta de atrás, por donde salían después de cubrir el trayecto con hojas.

Fuera de la época de ayuno, los indios no piensan sino en comer, y fue causa de satisfacción para nosotros el haber llegado en la *cuaresma teneba*, pues de lo contrario nos habrían dejado sin provisiones, a juzgar por la voracidad de los de *Sínsiga* que entonces no estaban de penitencia.

Parece que esos salvajes hayan perdido el sentimiento de lo bello, porque ni la música les llama la atención, ni los dijes, sortijas y demás regalos les entusiasman: sólo los espejos les gustan, lo mismo que los instrumentos de trabajo y prendas de vestido, mucho más si son de color rojo. El único adorno que acostumbran es una gargantilla de conchas y dientes de animales, ensartados en hilos de pita. Sus casas son de palma y cañas, redondas y sin paredes, pues el techo arranca del suelo; tienen siempre dos puertas, como ya dijimos, en dos partes opuestas, y las cierran con una tabla con 6 agujeros, de los cuales 3 sirven para sujetarla al batiante y los otros tres para amarrarla cuando se ausentan sus dueños.

El indio Justiniano nos dijo algo de su religión: adoran a un espíritu que está más allá de *ratza*, es decir, del sol; este espíritu premia a los buenos con el cielo (*avá*) y castiga a los malos en las *aguas coloradas* (*ignanua*). Las almas de los muertos permanecen cerca de las cuevas-sepulturas hasta que el *cura* sopla allí para que se vayan y no padezcan o rondan las habitaciones de los vivos. A esto se reduce el dogma *tunebo* en lo que se refiere a la Divinidad y a la suerte futura de las almas en cuya inmortalidad creen, desde luego que confiesan la existencia de penas y castigos más allá de la muerte.

Los matrimonios se celebran con la petición del pretendiente al padre de la novia, el consentimiento de ésta y la presencia del *cura*. No está admitida la poligamia, pero sí el divorcio. Algunos hablan de ceremonias especiales, pero por

lo que se nos dijo, sólo hay algunas palabras del *cura* en una lengua incomprensible para los mismos indios y las amonestaciones a los esposos para que no *platiquen*, es decir, para que no haya disgustos entre ellos. Cualquier diferencia de los cónyuges la arregla el *cura*, única autoridad que parece haber en el territorio. El *cura* preside también la inhumación de los cadáveres y *sopla* sobre las mujeres que han dado a luz y sobre el recién nacido a quien vierte en la boca unas gotas de agua tibia. Los indios le dan, como recompensa de sus servicios, una libra de cera y una *maleta* de maíz.

Las peleas de los tunebos se reducen a unas bofetadas o cabezazos, pero nunca paran en la muerte de los contendores, porque le tienen horror a la sangre humana. Entre ellos no hay robos, y si alguno comete delitos punibles, se le castiga, según informes, con meter al delincuente en un hoyo que tapan con palos, y allí lo tienen horas y algunas veces días.

Son celosos hasta la exageración y esconden sus mujeres, permitiendo sólo verlas cuando ellos están presentes, de lo contrario, las indias mismas huyen si notan la presencia de un hombre extraño.

El único comercio de los tunebos consiste en el cambio, con los blancos, de cera, caraña, otoa, chinchorros y mochilas, por sal y ruanas. Sus negocios los hacen por pesos y llaman un peso ocho libras de cera, probablemente porque cuentan todavía pesos de ocho décimos y anteriormente vendían la libra a real. Usan dos libras: una grande y otra pequeña, que llaman *del castigo*, con la cual engañan y por eso le dan tal nombre. Una ruana vale, entre ellos, 2 pesos (16 libras de cera) y una libra de sal tres de cera.

Preguntámos a Justiniano por qué habían huído los indios al notar nuestra presencia, y nos contestó que era para ellos de malísimo agüero la entrada de tantos blancos y que temían se les arrebataran aquellas tierras como había sucedido con las de Róyata, Sínsiga y Bachira; que había anuncio de grandes terremotos y de *muchas cosas horrorosas* para el día del establecimiento de otras gentes en sus territorios. Añadió, con energía, que habían resuelto arrojar al río si se pretendía el acercamiento de blancos, pues estaban convencidos de la persecución de que eran objeto, como lo podían demostrar los infelices de Róyata y de Sínsiga. Aquello nos pareció una amenaza y al mismo tiempo una amarga queja, efecto de recuerdos tristísimos y el brote de un sentimiento patriótico, rústico sí, pero altivo, que prefiere la muerte a la afrenta del despojo. Los que entendimos la causa de aquella actitud del indio, no pudimos menos de sonreírnos con la sonrisa del que acepta la justicia de un reproche e inmediatamente cambiamos el giro de la conversación, tanto para distraer al tunebo de sus siniestros pensamientos,

como para darle descanso al reportado, quien suplicaba unas veces que se le *dejara pensar* la contestación y otras daba muestras de estar cediendo al ataque continuo de su interlocutor.

Luégo que supimos la grande alarma de los indios por nuestra aparición en Bócota, el señor Potier resolvió suspender la excursión para no aumentar el temor de los tunebos y exponer a un fracaso el proyecto de atraerlos. Nuestra conducta, con respecto a ellos, les inspiró confianza y ya en los días siguientes pudimos ver a otros y lográmos que trajeran a unas dos indiecitas jóvenes que, *corridas y avergonzadas*, se acurrucaron al pie de nosotros para oír el gramófono que reproducía en esos momentos el Himno Nacional. Justiniano, probablemente arrepentido de haber revelado tantas cosas, no volvió a aparecer.

Los días 15 y 16 de julio los empleámos en reconocer el sitio en que nos hallábamos y en adquirir preciosos datos sobre la extensión, producciones, fertilidad, temperatura y topografía del territorio.

Bócota, que llamamos *San Vicente de Bócota*, es una bella hondonada compuesta de tres partes bien distintas: al sur una altiplanicie de más de 100 hectáreas, cubierta de montaña virgen y regada por aguas abundantes; al norte, una hoya, 10 metros más baja que la primera, plantada de maíz en unas partes y en otras cubierta de tupida arboleda que de nuestra haber sufrido tala en alguna ocasión. Tiene también abundancia de aguas y una extensión de 150 hectáreas. Al nordeste está la cuenca de *Rutirbán* donde son numerosas las viviendas de tunebos. El conjunto está cercado por 12 cerros que forman a la hondonada de *San Vicente*, una especie de corona hermosísima. La tierra allí es de una fertilidad extraordinaria y, con grande admiración nuestra, vimos plantas de temperaturas bien calientes y otras de climas fríos. En San Vicente cabría una ciudad más extensa que Tunja: el termómetro marcó a la sombra, invariablemente, 20 grados y el barómetro una altura de 2,200 metros. Las aguas de la hoya descienden por una abertura que hay entre las rocas del oriente y se precipitan en bellas cascadas hasta encontrar el Cabugón distante algo menos de una legua.

Al norte se encuentran también otras hoyas muy feraces y de variada temperatura hasta las orillas del Sarare, donde se produce el cacao. Tuvimos noticia de inmensas caucheras en esas regiones y de gran abundancia de árboles de quina. El terreno, de San Vicente para abajo, lo mismo que el del otro lado del Cabugón ya no está erizado de rocas áridas ni de precipicios: son faldas donde pueden hacerse fundaciones productivas y actualmente habitadas por un buen número de tunebos, muy pocos, sin embargo, para el terreno que pudieran beneficiar.

La relación de los nombres con que se designan las

principales regiones de Tierra Adentro, pueden dar una idea de la extensión de aquella comarca, teniendo en cuenta que lo más estéril es lo que está adjudicado y que el resto es, casi en su totalidad, de una feracidad sorprendente. Tomando primero la banda derecha del Cabugón, desde Róyata, se encuentra la hoya de este nombre, después la de Sinsiga, de Torregrosa, del Oso, los Llanitos y quebrada del Obraje. Baldíos, desde la Cuchilla de Ritambria hacia el norte: la gran mesa y la hoya de Ritambria, Sorquesía, Eucaría, explanada de Rotarbaría, Chivaraquí y explanada de Cesiaria. Por la banda izquierda del Cabugón: hoya de Lagunaseca, de Bretaña, de Selvablanca, sabanas del Atentado, hoya de la Escalera, subida de los Infieles y hoya de La Providencia. Baldíos de Cincho de Cabra hacia el norte: hoya de Cincho de Cabra, del Aguaco, de San Vicente, de Curutá, de Cañaverales, Chorrerón de Sube, de Bitirguán, de Rabaría, de Covaria, las extensas llanuras de Cauca, Tegria, Tablón y Cuasria. Por los datos que pudimos obtener, los tunebos que viven en Tierra Adentro no bajan de 3,000. Los sitios más poblados son: Sinsiga, con 6 casas y 43 indios; Sorquesía, una casa con seis indios; Ritambria, 2 casas con 17 indios; Bócota, 12 casas con 100 indios; Bitirguán, 12 casas con 113 indios; Covaria, 120 casas con 1,000 indios; Tegria, 113 casas con 1,000 indios; y Cesiari, 50 casas con 600 indios.

Lo que antecede pone de manifiesto la importancia del territorio que está aguardando una mirada compasiva de la Iglesia, por el número de almas ignorantes que en él habitan y un apoyo del Gobierno para convertir sus soledades en fuentes de riqueza. Además, hay que advertir que Tierra Adentro toca las fronteras de Venezuela y que su colonización será una seguridad para el país por aquel lado. Para obtener un efecto seguro en este sentido no parece, sin embargo, conveniente la adjudicación de tierras a particulares, porque muchos de ellos se contentarían con poseer baldíos, sin que esto redundara en beneficio ni de ellos mismos, ni mucho menos en el de los indios. La experiencia ha demostrado que sólo las misiones son capaces de hacer penetrar la cultura entre los bárbaros y de conseguir de un modo eficaz la civilización de territorios salvajes. Los Misioneros, como no tienen nada propio, tampoco ambicionan nada para sí, y la caridad de Cristo que arde en sus corazones es el único móvil de sus obras, de las cuales aprovecha el pobre indio sin sufrimiento ni opresión. Los tunebos nada temen tanto como que se aproximen los blancos, y ese miedo no es efecto de odios o resentimientos infundados, sino del recuerdo de inicuos despojos y de los atropellos de que han sido objeto. Para ellos es preferible su miseria entre entmarañadas selvas a una comodidad ilusoria entre gente que lleva muchas veces el mero nombre de civilizada, pero que obedecen más

a sus ambiciones brutales que a los sentimientos de humanidad. En los días de nuestra permanencia entre ellos pudimos convencernos de lo que acabamos de exponer, como también de la gracia que Dios le ha concedido al sacerdote para acercar a aquellos infelices que los profanos rechazan. Ya dijimos antes que nuestra presencia les causó gran temor, pero a nuestra partida manifestaron sentimiento y obsequiaron a los tres sacerdotes con objetos de escaso mérito, pero que para nosotros tenían el inestimable del afecto de unas almas a los ministros de la Religión que los protege y los ha de salvar. ¡Qué tiernas y sinceras nos parecieron aquellas manifestaciones de pena por nuestra despedida, y cómo resonó en nuestros corazones ese *asubiró* (¡adiós!) pronunciado con un acento que bien significaba: ¡no nos olviden!

El camino que ha de conducir de Güicán a San Vicente de Bócola, con el favor de Dios, asiento de las futuras misiones, es relativamente corto y, si se quiere, de poco costo. De Güicán a Rudibán sólo hay cinco leguas; de aquí a Bretaña, siguiendo la banda izquierda del río y pasando por la hoya de Lagunaseca, 6 leguas; y de Bretaña a San Vicente, por Los Llanitos, Ritambria y Soraquesía, 5 leguas; total, 16 leguas. Hay necesidad de construir dos puentes sobre el Cabugón, uno sobre la quebrada de Lagunaseca y otro sobre la del Obraje. El piso es firme en toda la extensión del trazado, y algunas rocas que existen pueden ser cortadas fácilmente.

Después de dos días y medio de demora en San Vicente, en los cuales llovía sin descanso, el señor Potier, aconsejado por la prudencia y mesura que le son tan propias, y en vista de la crudeza de la estación, ordenó el regreso. Habíamos recogido los datos más importantes, no queríamos alarmar a los tunebos ni tampoco había necesidad, así que la vuelta debía emprenderse como al efecto sucedió el día 17 de julio, después de sacar una vista de la expedición y un grupo de indios, frente a la casa de Joaquín. Llovía a cántaros el 17 desde la madrugada, pero eso no impidió la marcha que comenzó a las cinco y media de la mañana. Adelante caminaba siempre el Padre Villanea con el señor Suárez y detrás nosotros, luchando con la borrasca que arreciaba a cada instante y con los arroyos y fangales. Calados hasta los huesos llegamos a la hermosa cascada que cae cerca de la quebrada de La Providencia. Un momento nos detuvimos para contemplarla: se desprendía majestuosa de una altura considerable, y formaba en cuatro picos salientes de la roca otros tantos globos de agua que brillaban de una manera singular. Si los admiradores del Tequendama, decíamos, vieran esta belleza, nada tendrían que decirle al célebre Salto, pues pequeño e insignificante les parecería ante la magnificencia del que teníamos a la vista. Pero la lluvia no dejaba tiempo para fantasear y apresurámos el paso con el

objeto de llegar a la Providencia, que mugiente corria a pocas cuadras. Allí se puso a prueba nuestro apego a la vida: la quebrada había crecido y era un torrente impetuoso que saltaba de precipicio en precipicio con una violencia tál que hacía temblar los riscos de la orilla. Pero era fuerza pasar y el intrépido Padre Villanea tanteó el modo, haciendo caer dos árboles sobre la quebrada, de los cuales uno se volvió pedazos, aunque no del todo y el otro quedó bueno: por el primero pasábamos y en el segundo nos sosteníamos. Era una temeridad, porque la impetuosidad de la corriente desarrollaba un huracán violento que nos empujaba hacia el abismo, donde el que cayera perdería la vida antes de estrellarse contra la primera piedra. El que suscribe pasó de los primeros y aguardó a los peones para absolver al que se deslizara: seis de los valientes güicanes prefirieron pasar la noche en la cueva antes que exponerse al peligro que arrostrámos nosotros. Desde el improvisado puente hasta encontrar la senda tuvimos que seguir un brazo de la misma quebrada, sufriendo el golpe del agua, por más de 10 minutos. Probablemente ese baño tan poco apetecible nos quebrantó las fuerzas de tal modo que con gran dificultad podíamos avanzar. El autor de estas líneas rodaba aquí y allá y en una ocasión estuvo a punto de perder la vida en un precipicio en cuyo borde lo detuvo, no otra cosa que el favor de la Virgen. Repasámos en aquel terrible día los Infielos, el Peñon del Infierno, la famosa Escalera y, con la fuerza que la necesidad proporciona, salvábamos desfiladeros y torrentes y subíamos cuestas. A las cuatro de la tarde dimos al pie de la subida del Atentado y de buena gana hubiéramos vadeado el Bachira para evitar la cuesta, pero era imposible: había crecido mucho y las piedras que arrastraba hacían tal ruido que parecía un nutrido cañoneo, lo cual fue parte para meternos miedo en el cuerpo. El Padre Villanea quiso buscar paso por la peña que cae al río pero eso era lo mismo que buscar la muerte. No hubo más remedio que subir con gran trabajo y caídas sin número, porque la lluvia, acompañada de huracán, no cesaba y el piso estaba muy liso. Cuando llegámos a la cima, a eso de las cinco de la tarde, estaba el señor Mora junto a un bosquecito, en una actitud que sugirió el nombre del cerro. La bajada se efectuó caminando a trechos y a trechos rodando, hasta la quebrada de Selvablanca, donde empieza el llano de este nombre. Cruzámos las quebradas de Selvablanca, Legia, Ortl y el río Bretaña y a las siete de la noche llegámos a las casas de la fundación, mojados como es de suponer y con heridas en todo el cuerpo; pero allí nos esperaba ropa seca y un refresco abundante que suplió en aquel día el almuerzo y la comida. El indio Florentino que nos acompañó desde Bretaña y que llamaba padrino al Padre Villanea, se fijó mucho en el cambio de ropa de los expedicionarios y probablemente

le causó envidia por estar él desnudo y sin nada para mudarse, porque desde aquella noche estuvo cabizbajo y al otro día protestó contra la pobreza de los tunebos y la riqueza de los blancos y en seguida se fugó, olvidando el compromiso de acompañar a su padrino hasta Tunja.

El 18 matámos un ternero que donó la señora Zoila de Girardot; descansámos, y el 19, día de San Vicente de Paúl, después de celebrar el Santo Sacrificio, nos pusimos en camino para Sinsiga. Repasámos la *cabuya*, donde se sacó una vista con el Padre Villanea suspendido en mitad del río, y a las once divisámos nuestras bestias que nos aguardaban al otro lado del Sinsiga. ¡Oh benditos cuadrúpedos que tanto alivio proporcionan a la fatigada humanidad! Después de cuatro jornadas a pie, por senderos indescriptibles, aparecían allí como un socorro de la Providencia, enviado en buena hora para ayudar nuestras piernas que se negaban a sostenernos! El Padre Villanea se abalanzó sobre su rocín, lleno de entusiasmo. ¡Bien lo merecía! A las doce llegámos a Sinsiga, continuámos la marcha a la una y a las cuatro de la tarde nos desmontábamos en San Felipe de Róyata. El viaje del día siguiente no ofreció más particularidad que la caída de la mula del suscrito con otro peligro de ir a la eternidad y el vuelo de un hermoso y legítimo cóndor sobre nuestras cabezas, en Llanogrande. El símbolo de nuestra querida Patria parecía que nos felicitaba y nos decía con la majestad de su vuelo: *Colombia será grande el día en que sus hijos aprendan a explotar las riquezas que Dios en esta escondió, a la sombra de la paz y bajo el amparo del corazón de Jesús, a quien está consagrada y de quien sois ministros.* Aquel día era 20 de julio! Dos águilas rapaces, que nos parecieron ser las del norte, se precipitaron, desde las alturas de la Sierra, sobre el cóndor que huyó presuroso por la hondonada de la Virgen. Nos despedimos de él con sentimiento y prometimos dar cuenta de su saludo. A las tres de la tarde volvimos a Rudibán, y al otro día, 21 de julio, pasámos la sierra, después de haber rezado un *De profundis* por el alma de un muchacho del señor Patrocinio Valbuena, que murió el 17, víctima del frío, abajo de las cuevas de Lagunagrande. Cerca de las cuatro abrazámos al Doctor Murcia y al Doctor Olivos, entusiasta favorecedor de la expedición, que salían a encontrarnos. En Güicán tuvimos el placer de estrechar a nuestro querido amigo el General Arango y al señor Cristancho; saludámos a la honorable familia del señor Mora y el 22 nos separámos abajo de la población: los Padres para el Cocuy, el Doctor Olivos para Guacamayas y el suscrito para su Parroquia, donde debía volver a reunirse con los Padres para celebrar el Corpus. El 26, los señores Potier y Villanea partieron para Tunja. El sacerdote compañero de fatigas de Tierra Adentro se impuso la tarea de escribir esta relación, que lleva apenas el mérito

del patriotismo que la ha inspirado y una súplica al Divino Patrono de Colombia para que se digne bendecir la obra comenzada en su nombre.

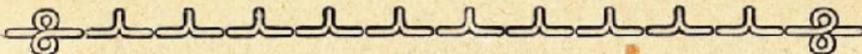
San Mateo, agosto de 1914.

O. ALBARRACIN R.

P. S.—La obra de los Misioneros no paró allí. De regreso a Tunja llevaron consigo tres indios a quienes vistieron convenientemente en Soatá. Durante cuatro semanas los tuvieron alojados en el Seminario prodigándoles toda clase de mimos y regalos, enseñándoles prácticamente el arte de cultivar la tierra y arrancándoles en cambio los secretos de su bárbaro dialecto. Como resultado de las lecciones de aquellos improvisados profesores indígenas, ponemos a continuación un vocabulario de las palabras más usuales para utilidad de los aficionados a esta clase de estudios. En cuanto a su instrucción religiosa se continuó por medio de proyecciones.

Provistos ya de ropa e instrumentos de trabajo, regresaron a sus montañas, llenos de gratitud y de cariño para con sus bienhechores, prometiendo repetir en breve su visita.





DIALECTO SINSIGA (1)

No habiendo podido reunirse el número suficiente de vocablos tunebos mientras duró la expedición, el señor Potier escogió tres indios que voluntariamente quisieron seguirlo a su regreso. Vistiólos en Soatá con traje civilizado, y durante el mes que permanecieron en Tunja, al mismo tiempo que eran bien atendidos, nos fueron suministrando las voces que más adelante copiamos. Cuando tuvieron a bien se pusieron en marcha para su tierra, llevando junto con algunas herramientas de labranza y otros obsequios muy buenas impresiones que han de contribuir, Dios mediante, a desvanecer los prejuicios que, si no todos, muchos de los tunebos abrigan contra el sacerdote, debido a las enseñanzas de sus brujos y sobre todo de su pontífice Arbeláez.

No fue por cierto cosa fácil en un principio obtener respuestas categóricas de cuanto deseábamos; pues al preguntar la traducción de una palabra castellana, los dos indios que apenas sí entendían esta lengua se desataban a dar frases enteras donde podía encontrarse la palabra pedida, o cada cual daba tres y cuatro voces diferentes, a las cuales añadía, como es natural, las suyas el tercer indio que hasta entonces no sabía de qué se trataba. Otras veces, para convencerme de lo fiel de una versión, les proponía ejemplos en que entraba el vocablo dado para que lo repitieran en su dialecto; pero, como por los cerros de Ubeda: no pronunciaban ni siquiera una de las sílabas ya apuntadas. ¡Qué confusión! Felizmente poco a poco fueron adquiriendo práctica de maestros en esta asignatura.

(1) Llámolo dialecto sínsiga, no tunebo, con el fin de precisar, pues de diversos vocabularios que tengo entre manos, he podido deducir que este idioma se divide en muchos dialectos que sólo conservan los rasgos generales de familia y más o menos palabras que le son comunes. Esta evolución, además de ser muy natural entre unas tribus que carecen de literatura y viven separadas entre sí, la puso de manifiesto uno de los tres indios de que arriba hablo, el cual poseía, fuera del Sínsiga, otros dos dialectos, y por las voces que de ellos le oí, observé bastante diferencia con el que actualmente nos ocupa. Advierto que hablando del idioma Sínsiga, lo llamo dialecto, no porque haya sido corrupción del tunebo o de otra lengua, sino para denotar su estado libre y natural, de continua renovación, como que todavía no ha sido subyugado por las reglas de los idiomas literarios.

Articulan muy poco, de donde quizás resulta, al menos en parte, el cambio de unas vocales por otras, y que haya varias pronunciaci3nes igualmente autorizadas; así, unos dicen *asubiró* (adiós), y otros pronuncian la *u* como *eu* francesa: *aseubiró*. Aun las consonantes, que tienen carácter más estable y son las que determinan en último término la derivación y semejanza de vocablos en los diversos idiomas, las trocan estos indios por las consonantes allegadas; de este modo, mientras unos pronuncian *cuiza* (cabeza) con *z* española, fuerte algo así como *dz*, otros la convierten en *sh* inglesa: *cuisha*, o en *j* muy gutural (*i* árabe), como el sonido que tiene en *jerga*: *cuija*. La mutación, que en este caso es más notable por presentarse en un solo dialecto y en una misma generaci3n, se observa muy a menudo en los idiomas de la gran familia Aria o Indo-europea, a que ciertamente no pertenece el tunebo (1). Hé aquí un ejemplo: el sonido *k* de la palabra latina *caput* y de la griega κεφαλή (*kephalê*), así como se conservó en la voz castellana *cabeza*, se convirtió en *sh* al pasar al francés *chef* (cabeza en francés antiguo, ahora *jefe*), y en *j* y *z* respectivamente al dar origen a las palabras *jefe* y *cefálico*. Pero son tan ordinarias tales mutaciones en la historia de las lenguas, que es inútil insistir más en ello.

El sínsiga, como todos nuestros dialectos indígenas, carece de escritura pr3piamente dicha; usaremos, pues, de los caracteres castellanos y de algún otro que a nuestra lengua le falta. Como en el chibcha, son completamente desconocidos en sínsiga los sonidos *d* y *l*; son además muy raros los de *f* y *x*. Los sonidos, así de las vocales como de las consonantes, son bastante vagos y menos claros que en castellano. Existen también algunas diferencias; hé aquí las principales:

1.º La *h* debe espirarse como en inglés, v. gr.: *sénharo* (amar);

2.º La *r*, aun inicial, tiene un sonido muy suave con tendencia a la *j* francesa, v. gr.: *reutanro* (cantar);

3.º El sonido *sh* es en todo semejante al inglés en *ship* (navío), o al francés *chercher* (buscar), v. gr.: *sharó* (amigo, primo);

4.º La *z* es algo más fuerte que la española, v. gr.: *radza* (sol); (2).

5.º La sílaba *or*, en que terminan ciertas voces, tiene un sonido muy semejante al de la misma en inglés, *tailor* (sastre), v. gr.: *séror yárigor* (hace frío afuera), y

6.º Suena como *eu* francesa la *e* que hace parte de la sílaba *en*, con que terminan ciertas palabras, v. gr.: *jáguen* (pesado).

(1) Por falta de tiempo no se alcanzó a tratar esa última cuesti3n.

(2) Este mismo sonido se encuentra en muchas voces chibchas.

Para no multiplicar los signos, escribimos *r*, *z*, *or* y *en* al final de palabra, como si tuvieran sonido castellano.

Los nombres permanecen invariables, como en chibcha, para designar el género, número y caso. Y como muchos de los sustantivos que expresan seres animados son unigéneros, esto es, sólo denotan los individuos de un sexo, no hay lugar a confusión; así, *hermano menor* tiene su palabra especial: *sagró*, o bien *taná*, y *hermana menor*, la suya: *shita*. Con los nombres de animales, cuando no hay dos palabras que denoten sexo diferente (*gallo*: *cocaramá*; *gallina*: *zizura*), si se quiere designar la hembra se añade *güina* al sustantivo epiceno, y si el macho, se deja intacto, v. gr.: *perra*: *bayara-güina*; *perro*: *bayará*. Los adjetivos quedan invariables: *báyara-güin cáture*: *perra grande*; *báyara cáture*: *perro grande*.

No me fue posible averiguar cómo expresan el número plural; pues en los diversos ejemplos que les propuse a mis indios con este fin, no observé presencia de partículas que denotasen pluralidad, como sucede en *quichua* (1); sino que repetidas veces me cambiaban el verbo. Esto me indujo a creer que poseen verbos con significación exclusivamente plural, lo cual, dado caso de ser verdadero, le daría al tunebo mayor semejanza con el chibcha; pues en este idioma, para suplir la falta de número plural en los nombres, además de los adjetivos numerales y de los pronombres personales de plural, hay verbos que, significando acción o estado de muchos, determina el número del sustantivo que permanece invariable, v. gr.: *muyasca* (2) *ata* (un hombre); *muyasca boza* (dos hombres); *muyasca inac abyzine* (hombres están ahí).

La palabra que hace oficio de complemento adjetivo se antepone siempre al sustantivo, v. gr.: *casa de paja*: *mána-ro-uáija*, lo cual es común a muchas lenguas tanto de la familia aria, como de la semítica y de la turania. El complemento directo tiene su lugar obligado después del sujeto gramatical e inmediatamente antes del verbo, cuando éste no va modificado por un adverbio. El verbo siempre se coloca al fin, v. gr.: *Santiago ama mucho a su madre*: *Santiago abó ain sênharo* (literalmente: *Santiago madre mucho amar*). El regreso a su tierra de mis profesores de tunebo no me per-

(1) Lengua que se habló en el antiguo Imperio de los Incas, y que todavía subsiste entre los indios del Perú y del Ecuador. Algunas tribus del Caquetá lo hablan ya muy corrompido. De las dos pronunciaciões legítimas *quechua* (no *quechúa*, como trae la Academia) y *quichua*, prefiero esta última, tanto por ser la pronunciaciõ que aun hoy día conservan los indios de Quito y del Cuzco, cuyos dialectos son los más antiguos, como porque en estos dialectos hasta hace algunos años no se conocian las vocales *e* ni *o*, que son de introducciõ española.

(2) El signo *y* corresponde a un sonido medio entre *e* e *i*, o sea, igual al de la *i* inglesa en *pin* (alfiler).

mitió examinar la colocación respectiva de los demás complementos de la oración, y me quedé sin saber cuán importante papel desempeñaban ciertas partículas que en sus frases alcanzaba yo a barruntar.

El sistema numérico del dialecto sinsiga es decimal, lo mismo que el chibcha. ¿De dónde proviene que sea octonario el de los tunebos que habitan las inmediaciones del río Margua (sudeste de Santander)? Difícil es al presente averiguarlo: me contento con copiar las diversas numeraciones para que se vea la estrecha semejanza que entre sí guardan:

<i>Tunebo margua</i> (1)	<i>Tunebo sinsiga</i>	<i>Chibcha</i>
1 istán.	1 icti, o sti.	1 ata.
2 bucoi.	2 buccai.	2 boza.
3 bai, o mai.	3 bai.	3 mica.
4 macai.	4 baccai.	4 muyhica.
5 esi.	5 ezi.	5 hyzca.
6 terai.	6 terai.	6 ta.
7 cukí.	7 cucuí.	7 cuhupca.
8 aví.	8 aví.	8 suhuza.
9 aví-istán.	9 stari.	9 aca.
10 aví-bucoi.	10 uccasi.	10 ubchihica.
11 aví-mai.	11 uccasi-stí.	11 qhicha-ata.
12 aví-macai.	12 uccasi-buccai.	12 qhicha-boza.
13 aví-esí.	13 uccasi-bai.	13 qhicha-mica.
14 aví-terai.	14 uccasi-baccai.	14 qhicha-muyhica.
15 aví-cukí.	15 uccasi-ezi.	15 qhicha-hyzca.
16 aví-aví.	16 uccasi-terai.	16 qhicha-ta.
	21 váran-sti.	

No sólo por la estructura general y por la igualdad de giros, como hemos visto y observa D. Ezequiel Uricoechea (2), guardan entre sí mucha semejanza el chibcha y el tunebo, sino además por el origen común que parecen tener ciertas palabras de ambos idiomas; hé aquí las que he podido comparar:

<i>Voces chibchas</i>		<i>Voces tunebas</i>
<i>abueta,</i>	caca.	cacá, <i>abueta.</i>
<i>boca,</i>	quhyca.	cajca, <i>boca.</i>
<i>brazo,</i>	pcuaca.	cuicá, <i>brazo.</i>
<i>humo,</i>	ie.	íó, <i>humo.</i>
<i>malz desgranado,</i>	aba.	eba, <i>mazorca de malz seca.</i>
<i>mujer, esposa,</i>	güi.	güia, <i>mujer cualquiera.</i>
<i>pedra,</i>	hyca.	ahaca, <i>pedra.</i>

(1) Esta numeración está tomada de la relación que el Padre H. Rochersaux, Profesor en el Seminario Conciliar de Pamplona, escribe sobre la misión científica que en compañía del Doctor R. Monsalve y D. Néstor Parra hizo a principios de este año hasta el río Cabugón.

(2) Gramática de la lengua chibcha, introducción, xxxiv.

A las voces anteriores deben agregarse las que sirven para contar desde uno hasta siete.

Otro punto de semejanza con el chibcha es la existencia en ambos idiomas de verbos negativos. Como en la lengua de los muiscas, el verbo negativo se forma con las terminaciones *za* o *zynga* pospuestas a los diversos tiempos del verbo afirmativo; así también parece que se forman los verbos negativos en *sínsiga*. Hasta ahora no conozco sino una terminación que es, si no me equivoco, la de presente, *tro*, y correspondería al *za* de aquella lengua:

<i>viene,</i>	guá-caró.	gua-tró,	<i>no viene.</i>
<i>come,</i>	ya-íma.	ya-tró,	<i>no come.</i>

Me faltan los afirmativos correspondientes a los que siguen:

<i>no se ve, no asoma,</i>	te trába-tro.
<i>no está enfadado,</i>	tacuasijua-tro.

Sólo la inflexión *guareiro* (no hay) tiene terminación algo diversa.

Si cada uno de los rasgos comunes de estos dos idiomas, que por lo demás se hablaron en pueblos no muy separados, no contribuye por sí solo a determinar lo estrecho del parentesco, considerados todos en conjunto no puede uno menos de descubrirlo. Pero ¿será el *sínsiga* un dialecto chibcha, como por ejemplo el *duit*, o más bien un idioma del todo diferente, si bien de la misma familia, que se desarrolló paralelamente a la lengua de los zipas? Sigue la primera opinión el cronista Cassani, quien además afirma que era un idioma fácil de comprender para los chibchas. Mas D. Ezequiel Uricoechea, y parece esto lo más probable, cree por el contrario «que esta lengua (*sínsiga*) es del todo diferente de la chibcha en sus vocablos, aunque el giro sea el mismo.» (Loco cit.)

Los estudios que acerca de este dialecto han de hacer los amantes de las lenguas, resolverán, no lo dudo, éste y los demás problemas tan interesantes que en el presente ensayo no hago más que plantear.

A. M. N., c. m.



VOCABULARIO TUNEBO

(Dialecto de Sinsiga y Bócota)

A

Abeja, chaukino.
abuela, cacá.
abuelo, cotá.
acá, para acá, òshora.
adiós, asubirò.
afuera, yárigor.
agua, ria.
aguja, sicara.
ajo, reguá.
algodón, chiro.
amar, amor, sénharo.
amo mucho a mi madre, abo sénharo.
amigo, sharó.
angosto, cónujen.
animal salvaje, yanocué.
árbol, carcuá.
arco de flecha, shimara.
ardilla, baujiara.
arracacha, sintucá.
atmósfera, chicha.
axila, héctara.
ayer, tinojua.
ayunar, bateya.

B

Ballar, inzagua.
barba o mento, cachara.
barba cabelluda, ca-nará.
beber, yaanro.
bebo con gusto, oón yaán.
bejuco de sacar candela, arro-
ma, chíjuata.
bigote, cajca-nará.
blanco (color), cuasea.
boca, cajca.
bocio, coto, yuntara.
bonito, bueno; está bien, airòh.
brazo, cuicá.
bribòn, picaro, tascuasivo.
buenas tardes, guatínigue.
buho, uctara.

C

Cabello, cuiza-nará.
cabeza, cuiza.
cabra, cábira.
cabuya, bicaya.
cadáver, crerjina.
caimán, cuca.
calentura, restá.
calor, yibira.
hace calor, kikiriájero.
camino, ahu.
caminemos por allí, ahu járabe.
candela, ocá.
cantar, reutanro, coguai.
caraña, accá.
carne, rugua o ruba.
carne de oveja, ova-rugua.
¿es carne de res?, ¿vaca-rugua?
casa, ubaja, uaija.
casa pajiza, mánaro-uaija.
cáscara, uma.
cáscara de plátano, mun-umá.
corteza de papa, yar-umatará.
cazar, routara.
cejas, uccara-nará.
cera, urumá.
cera del oído, cuké cüntura.
cerrar, caicoma.
cerro, cuvará.
cielo, avá.
cintura, icara.
cobertor, manta, ruana, sircajá.
codo, cuica.
coger, ingiingua.
colmena, seutará.
colorado (rojo), buhuaya.
comer, yaina, uocaró.
no haber comido, yátero.
copete, buza.
corona, berezá.
correr, hinzi-veshí.
correr a toda prisa, inguenuá.
cortar, triticaí.
costilla, vésfira.

crepúsculo, tarde, retúcharo.
cuchara, virarga.
cuchillo, cusirá.
cuello, nuca, yangara.
culebra, rícuma.

Ch

Chicha, vacuá.

D

Danta o tapir, vashaburá.
darle el pecho al niño, suta-su-keaba.
dedo, aica.
dedo pulgar, aica-ruba.
dedo índice, áicara.
dedo corazón, aica-shuca.
dedo anular, aica-shúcara.
dedo meñique, aica-shúkira.
dentro de tres días, battueino.
desayunarse, iraiyajir.
despedir, desterrar, no volver, inbigua.
día, tuitasa.
dientes, rurá.
Dios, Ava-guera.
Dios le pague, boké ya-riske, o yarisque.
dolor, yatro.
dolor de estómago, ura-yatro.
dolor de cabeza, cuizi-yatro.
dolor de muelas, rura-yatro.
dormir, camayá.
ir a dormir, guacamécaro.

E

¿En qué piensa usted?, ¿acotiti shegua?
enterrar, rucuai.
enterrar a alguien, rucua-veshé.
entre usted, jusi ragua.
escopeta, cuirá.
espalda, cacurugua.
espinazo, icara.
espinilla, tenagara.
esposa, chagüina.
estómago, urá.
estoy cansado, ebaséutero.
estrella, ubá.

F

Fara (marsupial), véscura.
fiesta (es día de), acacuamyake.
flecha, tota.
flor, sugua.
frente, úcara.
frío, séror.
hace frío afuera, séror yárigor.
fuego, ignano.

G

Gallina, zizura.
gallinaza, bacasita.
gallo, cocaramá.
garza, rúrija.
gato, caicaná.
gente (viene), ujuá-caró, uatrò-caró.
grande, cáuro.
guarapo, guacáro.
guárde eso allí, ehara-shangua.

H

Hablar, ishòcaro.
hamaca, bocua.
hambre, yayike, yayea.
tengo hambre, ya yirój.
hasta luégo, barbirò.
helecho, simarijará.
hermana mayor, janò.
hermana menor, shita.
hermano mayor, zacá.
hermano menor, taná, tanarò, sagò.
hija grande, ohuacasho.
hija recién nacida, ohuai-juara.
hijita, sakianá.
hijo, rucá, rimo.
hilo, cárosa.
hinchazón, sícuará.
hombre, séralo, uhua.
hombro, cuitoca.
honda, casha.
hormiga, sumara.
hoy, arrígara (?).
hoy no se trabaja, güiteirú, guá-jare.
hueso, cáicara.
hueso de los dedos (falange), aica-cáicara.
huevo, aná.
humo, ío.

I

Ir, barbicaro.
el hermano se fue, sagio barbi-
caròj.
quero ir, cubuiná-carò.

J

Jugar, cueseingua.

L

Labi, cásuma.
largo, yáisero.
lengua (òrg.), cúhua.
leza, reya.
leòn, cúnua.
libro, cárgah.
lo desco, ita-tairá.
lo mato, ueserá.
loro, orará.
luna, cibuaara, verura.
luz, yera.

LI

Llama, oca-cúa.
llegar a edad adulta, envejecer,
ateibarare.
llover (va a), baragrácaro.
lluvia, rigua.
lloviendo (está), riguairo.
llover, valconéyenro.
no llore usted, gontijei, nõcara.

M

Madre, abò.
maíz recién nacido, bariánjaro.
machete, vaistá, bajita.
maleta, ogua.
mandar, enviar, barainro.
mano, otoba.
palma de la mano, áicara.
manzana de Adán, cujtirá.
mañana, cuánchaki, juaniata.
mañana voy a traer leña, trei-
ròh in cuánchaki.
mañana se lo doy, juaniat uicai.
marido, rague.
mariposa, cuacuánzira.
marrano, tusina, seya.
mazamorra, sucua.
mazorca de maíz tierna, euzusa.
mazorca seca, eba.

mejilla, actora.
me pican mucho los piojos, cui-
ttú cuitchò còcaro.
me voy, viké.
mezquino (no es), tetanéjuatro.
mico, turgara.
miel, penjake.
montaña, bobuará.
morir, yarárjero.
mosca, umatá.
mosquito, súmata.
muchas gracias, siratituino.
mujer, güia.
muñeca, puño, muhua.
murciélagó, cuaijea.
muslo, rena, yánara.
mute, bucaná.
muy, mucho, uin.
muy feo, jororò.
muy mezquino, esjuinro.
muy pequeño, u uéijuora.
muy pesado, uin jaguen.

N

Narices, reshá.
negro (color), baxaya.
nigua, rengochiácaro.
noche, matine.
no come, yatrò.
no está enfadado, tacua-sijuatro.
no haber comido, yátero.
no hay, guareiro.
no parece, no asoma, tetròbatro.
no se burle, sestejau.
no toque, catotijao.
no viene, guatrò.
nuca, anocuá, yangara.
Números :
uno, ictí o stí.
dos, buccai.
tres, bai.
cuatro, baccai.
cinco, ezí.
seis, terai.
siete, cucuí.
ocho, avi.
nueve, stari.
diez, uccasi.
once, uccasi-stí.
doce, uccasi-buccai, etc.
veintiuno, varan-stí.
veintidòs, varanbuccai, etc.

O

Oído, cucashúcara.
ojo, uva.
olla, ruca.
ombligo, cutara.
orejas, cucashá.
oscuro, sacará.
oso, bánaba.
oso hormiguero, úscara, íshara.
otoba, everrá.

P

Padre, tetò.
paja, mánaro.
pájaro, rugua-cira.
paladar, acuana.
paleta, cuistaga.
palo, cárgoa.
pañuelo, maiguetro.
papa, yara.
pasado mañana, guanieta.
pasado mañana viene, guotácaro.
pava, yanshuá.
pavo, cuacairogá.
pavo real, cágusha.
pecho, bechá.
pelear, timujá.
pelo, nará.
pequeño, sagro.
perdió, bariótaje.
perra, báyara-güina.
perro, bayará.
pescados (clases de), aotevá, sairá, seicuatá.
pescado bocachica, caburá.
pescado bagre, airobuá.
pestañas, uva-nará.
pleo carpintero (ave), soragoma.
ple, kesiará.
piedra, ahaca.
pierna, renará.
piojo de cabeza, cuiz-caró o cuij-caró.
piojo del cuerpo, cócaro.
planta, mata, zicaramzusa.
plátano, carósuga, moná o muná.
plumaje que se ponen las indias cuando están de novias, cóccora.
pollo, soá.
puerta, kérata.
pulga, renoguá.

Q

Querer, desear, tairá.
¿qué tal amigo?, ¿ya sharó?
quiero vivir, marí tairá.
quijada, cashara.

R

Ratón, mònita.
rayo, cuijarjará.
receta, sayuco.
recoger pronto, inuavo.
regalo, recara.
regáleme, adjuengua.
regalò ya, asugüino, bargüiji, bargüirtei.
reirse, sescua.
remedio, rimague.
rezar, artaibeshé.
rodilla, cuscara.

S

Sacar candela, eterá.
sacerdote, vatuí.
sal, ragua.
sangre, aba.
serpiente, siátama.
síentese usted, jaretua.
sobrina, visara.
sobrino, ruco.
sol, raza.
soltera, steto.
sombrero, occuara.
suplicar, reverenciar, yásharo.

T

Tabaco, oracova.
tasa, raturo.
temblar, iyará.
teta, sutá.
tia, ayá.
¿tiene usted a su madre?, ¿abó éjro?
tierra blanca, rúmira.
tigre, cótogua.
tijeras, tesirá.
tinaja, soyá.
tío, tetrava.
tortuga, guacuejan.
traer, treiguete.
voy a traer, treiròj.
trueno, cuira.

U

Uña, arkerjuca.
uña de la mano, ochuca.
uña del pie, kechuca.

V

Vaca, vakio.
vámos, guardócaro.
vamos a cazar, vaí.
vamos a comer carne, rugua-yá.
vamos al monte, veshí.
vamos a nadar, acotue-cucain.
vamos a pescar, rilta-cucain.
vamos a rajar leña, veshí-hijita.
vasito, mabo.
vela, oca.

venado, sicaramá.
venas, cuizía.
véndame carne, ruba-huán.
véndame sal, ancaguá.
venga usted, ing-rao.
venir, ir, guácaro.
venir, batrácaro.
ventanas de la nariz, rejúcara.
ver, yoguaitcho.
vientre, yira.

Y

Yuca, isha.

Z

Zancudo, cuiéjan.

